

Jacobo Danke

Viento encendido



IENE girando el árbol de aire,
Agua espesa, nube transparente,
Para modelar tu cuerpo y mis razones
De odiar a la montaña enloquecida.

De lejos, que es como decir de nunca,
Barquero blondo y sin ojos,
Emigrante en busca de la flor nupcial
Del naranjo para las novias mudas,
Abandonadas en la víspera.

¡Viento de los dementes, del mástil solo!
Abro mis cofres de fuego
Para que pases sobre la fruta estival
Que en ellos guardo, frontera de la muerte.
No has podido consolarme, violín beodo,
Escala para los pies de la luna vieja.

¿Ves mi corazón convertido en un pez
Que ha devorado una esmeralda: mar y ola?
¡Arbol-prisión para las estrellas errantes,
Para un otoño que jamás remuda el musgo
Ni su manto de pájaros de una sola ala!

Con un norte para el estambre de la rosa,
Con una flauta para el ruisenñor dormido,
¿Has puesto el dedo en la llaga, viento ruin,
Sin más nacionalidad que tu libre rueda?
¡He aquí mi música, vigilia,
Saturación del océano encadenado!
Una mujer gime en mis brazos, lebrel
Sin sombra, orquídea de sangre
y tú lamiéndola y tú entregándomela
Y arrebatándomela.

ARPA HILANDERA

Ya hubo manos aguzadas como lirios
En el establecimiento de este encaje,
A qué hora, sobre qué peldaño de la seducción,
Con cuánta virtud para torcer las hebras.
Todos los que murieron sólo por darme vida
Invocan la gracia alada de este sudario,
Donde habita la cadencia con su abeja rubia
Y espera ser libertada por la centella
De cinco chispas de los dedos jubilosos.

Cuando la presencia del prodigio anuda
Las lianas de la diafanidad, entonces llueve
Doblemente en tu pórtico: cascadas
De diademas, surtidores de diamantes,
Anchas arcas para el sonambulismo de las perlas.
¡Cómo reposa Andrómeda la cabeza
Contra las nubes y el mar alza la copa
De su ebriedad llena de edades y de abismos,
Cuando tu lanzadera hace surgir las torres
De la sonata!

En un sórdido desván de mi juventud soñabas
Con el gallo dorado de las mañanas túrgidas,
Sazonada de pasión, abierta espiga,
Mientras la penumbra gris iba velando
La ojival vigilancia del espejo
Y rodaban pétalos silenciosos,
Pestañas de terciopelo,
Para herir la suavidad femenina de tus cuerdas,
Fascinadas por la rapsodia litúrgica del polvo.

NINFEA

Todo el temblor de la inocencia
Sacudida por un sollozo de cristal.
Pero este lento fluir de la onda,
Los caminos de la linfa,
Sólo ella los disfruta,
La reina del pie estremecido.

Oh, a menudo hay una claridad que vaga
Como el latido de una cuerda rota
Y entonces cantan todas las criaturas:
Los serafines, las cítaras,
Las ruedas de los molinos,
Los pianos difuntos, las redes,
Los pechos blancos de los veleros.

¡Profunda desolación de la armonía!
Y la piel erizada de los lagos,
Que siente cómo el dorso le tatúan
los dedos de la sombra,
Aquella visitante del velo obscuro,
Aquella habitante de las escaleras,
De la soledad de los faros,
De los cementerios donde el verano desfallece
Igual que una lámpara despreciada,
Que una luciérnaga maldita.

¡Bella flor para la boca de los ahogados!
Y si se la desmenuza sobre su silencio,
Se alumbran las ciudades submarinas,
El caracol comienza a deletrear el eco...
Porque es nombre de muchacha su azul nombre.